

# Tiempos Mexicanos

Guadalupe Valencia García

Julia I. Flores Dávila  
Carlos A. Flores Villela  
Javier Galicia Silva y  
José Benjamín Narro Flores

sequitur

## Indice

Atrapar los tiempos: a manera de prólogo	7
1. El tiempo recobrado: tiempo, cultura e identidad entre los nahuas de hoy. El caso de Milpa Alta <i>Guadalupe Valencia García y Javier Galicia Silva</i>	11
2. El tiempo desplegado: la estética temporal del Ejército Zapatista de Liberación Nacional <i>Guadalupe Valencia García</i>	51
3. El tiempo bifurcado: los tiempos del México de hoy <i>Guadalupe Valencia y Carlos A. Flores Villela</i>	63
4. El tiempo condensado: tiempo y política en la Resistencia Civil Pacífica <i>Guadalupe Valencia García y José B. Narro Flores</i>	105

5. El tiempo distendido: breve ensayo sobre el tiempo mexicano  
*Guadalupe Valencia García* 137
6. El tiempo trastocado: procesos de construcción del tiempo  
y dinamismos en la vida cotidiana  
*Julia I. Flores Dávila y Guadalupe Valencia García* 153

Notas

Bibliografía

## Atrapar los tiempos: a manera de prólogo

*Guadalupe Valencia García*

El tiempo es el gran innombrable. Cuando intentamos mencionarlo no es a él a quien nombramos. Si decimos que el tiempo es alterable o irreversible, aletargado o vertiginoso, continuo o discontinuo, lineal o circular, no hacemos sino describir los procesos, las cosas, las formas de la existencia. El *tic tac* del reloj nada nos dice del tiempo, aun y cuando sea su metáfora más diáfana. Si todos los relojes del universo se colapsaran, el tiempo continuaría su marcha, y nosotros también.

Tan huidizo resulta el tiempo que los griegos utilizaron tres nombres para intentar atajarlo: *chronos*, *aiôn*, *kairós*, daban cuenta de sus diversas fisonomías. Siglos después Agustín de Hipona, tal vez el autor más citado cuando del tiempo se trata, afirmaba saber lo que es tiempo "cuando nadie me lo pregunta", pero ignorarlo cuando alguien le inquiera por él. Hoy en día, utilizamos las palabras sucesión, duración, simultaneidad, para nombrar al tiempo. Y pensamos que hemos atrapado al tiempo cuando en realidad sólo nos hemos acercado a los ropajes tras los que se esconde.

El tiempo es la manera en que existimos. Por eso desaparece cuando cesa nuestro estar en el mundo: somos tiempo. El tiempo es la cualidad misma de la existencia, es su forma de estar; de ahí que su nombre se enmascare y se confunda con los de las cosas a las que hace existir. Acaso el tiempo no sea sino "una redundancia de la realidad en su devenir".<sup>1</sup> Una

manera de ser de las cosas que se oculta en la penumbra del lenguaje; que se enmascara y se nos escapa cada vez que pretendemos atraparlo.

Pero nuestra incapacidad para nombrar el tiempo no es culpa de las reticencias del lenguaje, ni tampoco de los filósofos que se han afanado durante siglos en descifrar su naturaleza. Tiene razón Zubiri: la culpa es del tiempo "porque la verdad es que el tiempo, de todos los caracteres de la realidad, es el menos real".<sup>2</sup>

Si el tiempo no alcanza realidad en sí mismo, es justamente porque carece de existencia autónoma. No es breve el tiempo cuanto el proceso al que hace referencia; ni es tampoco cíclico, teleológico, inmutable o azaroso. Lo son los mundos, las vidas, las cosas, que son siempre temporales.

Por ello, para no confundir el tiempo con los transcurros a los que hace referencia, es preferible hablar de la temporalidad, o mejor aún, de las temporalidades del mundo. De los transcurros que acaecen de manera sincrónica, pero no como fragmentos de un único tiempo a la manera de Newton, sino como secuencias que poseen su propio tiempo, como querría Einstein. Entonces podemos hablar de las propiedades temporales que caracterizan los transcurros que suceden en diferentes escalas.

En la escala que aquí interesa, la del mundo socio-histórico, es posible reconocer los atributos temporales que nos constituyen como sociedades. Podemos mirar a los tiempos como nudos espacio-temporales, muchedumbre de lugares-ocasiones singulares, en los que los acontecimientos no suceden en el tiempo sino que se hacen sitio y construyen su momento, tal y como lo postula el pensamiento tradicional chino.<sup>3</sup>

Los rasgos temporales pueden encontrarse, como huellas del pasado, en las historias que dan cuenta de lo acaecido y que, desafiando la irreversibilidad del mundo, retornan al presente. También en las formas en las que hoy el tiempo se percibe, se usa, se dice, se narra. Pero dichos rasgos no aparecen nítidamente, cuanto arropados en las formas mismas en las que se nombra la existencia.

Por eso hablamos de atrapar los tiempos. Pero no a la manera de quien en ese acto pretende aprisionar a su presa. Los tiempos no se dejan asir de esa manera. Porque no existen sino como rasgos, como atributos, como la índole misma de la existencia social. Hay que dar con ellos, sorprenderlos, rodearlos y sólo entonces atrapar algunos de los sentidos en los que se hacen visibles.

*Atrapar los tiempos*, hacer visibles sus ropajes y sus enmascaramientos; mostrar su heterogeneidad y riqueza, es lo que nos proponemos en este libro. Los que aquí se muestran son *Tiempos mexicanos*: un repertorio variado de las formas de historicidad y de las maneras de concebir, de vivir y de usar el tiempo, en el México de hoy.

Una temporalidad que se entreteje en las memorias largas y cortas, en la tradición, la ritualidad y los ciclos temporales anuales y diarios, y forja un Tiempo recuperado, a la vez recuperado y restituido, en comunidades originarias de la Ciudad de México. Por la vía de la memoria y de la reelaboración simbólica de ritos y prácticas ancestrales, la cultura náhuatl permanece, de manera sutil pero obstinada, en concepciones, usos y maneras de decir el tiempo que, en muchos de sus rasgos, son diversos y opuestos a las del tiempo occidental moderno, a pesar de su plena integración en la megalópolis.

En la amalgama entre la cosmovisión maya y la tradición histórica del zapatismo de la revolución mexicana, con toda su carga simbólica, los zapatistas del siglo XXI inscriben en la historia una estética temporal que alcanza los pliegues del tiempo para desdoblarlos en los múltiples tiempos que atañen a su lucha, a su cosmovisión y a su existencia. Los zapatistas juegan con los tiempos: combinan, en su propia actualidad, pasados lejanísimos, distantes, cercanos e inmediatos. Pero también crean un nuevo tiempo: un *Tiempo desplegado*, regido por la dignidad, un tiempo que se multiplica en otros, para hacer "un mundo en donde quepan muchos mundos".

El *Tiempo bifurcado* resulta de desenmarañar ese amontonamiento caótico de tiempos que parecen darse cita en el México de hoy, para descubrir su más profundo sentido histórico. Tiempos que retornan y otros que nunca se han ido del todo, tiempos que parecían perdidos en la historia y otros que apenas se asoman a ella, son revisitados en una revisión somera de los principales regímenes históricos que pueden reconocerse en nuestra actualidad, y en los momentos cruciales que, de 1968 a la fecha, han constituido nuestro presente temporal.

El último de esos momentos, el 2006, fue para nuestro país un año de gran intensidad política. El conflicto que resultara de unas elecciones carentes de credibilidad para una buena parte de la población, se extendió durante meses y se expresó en la Resistencia Civil Pacífica que tomó el centro de la ciudad durante 47 días, hasta que el candidato opositor fue

nombrado, en asamblea popular, como Presidente legítimo de nuestro país. Se trata de un *Tiempo condensado*, en el cual la historia, los acontecimientos y la experiencia de quienes participaron en la lucha, parecían comprimirse apretadamente en la coyuntura, en la subjetividad de los protagonistas y en la historia misma.

A diferencia del anterior, podemos dar cuenta de un *Tiempo distendido* que se expresa en la cotidianidad, en la cultura temporal de los mexicanos y que se caracteriza, en gran medida, por las maneras en que alargamos el tiempo cronológico mediante formas lingüísticas distintivas como el diminutivo del *ahora* –*ahorita-ahoritita-ahorititita*–, y las frases cargadas de ambigüedad temporal como: *luego nos vemos, al ratito, ya merito*. Pero más allá del anecdotario de nuestra impuntualidad y de nuestro relajamiento con respecto a los horarios establecidos, puede plantearse la hipótesis de que nuestra cultura temporal está regida mayormente por la acción que por el reloj.

Finalmente, mostramos un *Tiempo trastocado*, a partir de la instauración del horario de verano en el 2001 y que se tradujo en una doble disrupción: en las concepciones del tiempo y en la vida cotidiana. Analizamos las metáforas e imágenes a las que dio lugar este trastocamiento del tiempo del día a día, del reloj y del calendario, tanto en el ámbito privado, como en la esfera pública, donde aparecen como tiempos extraordinarios por estar ligados a una naturaleza que se considera sagrada e intocable.